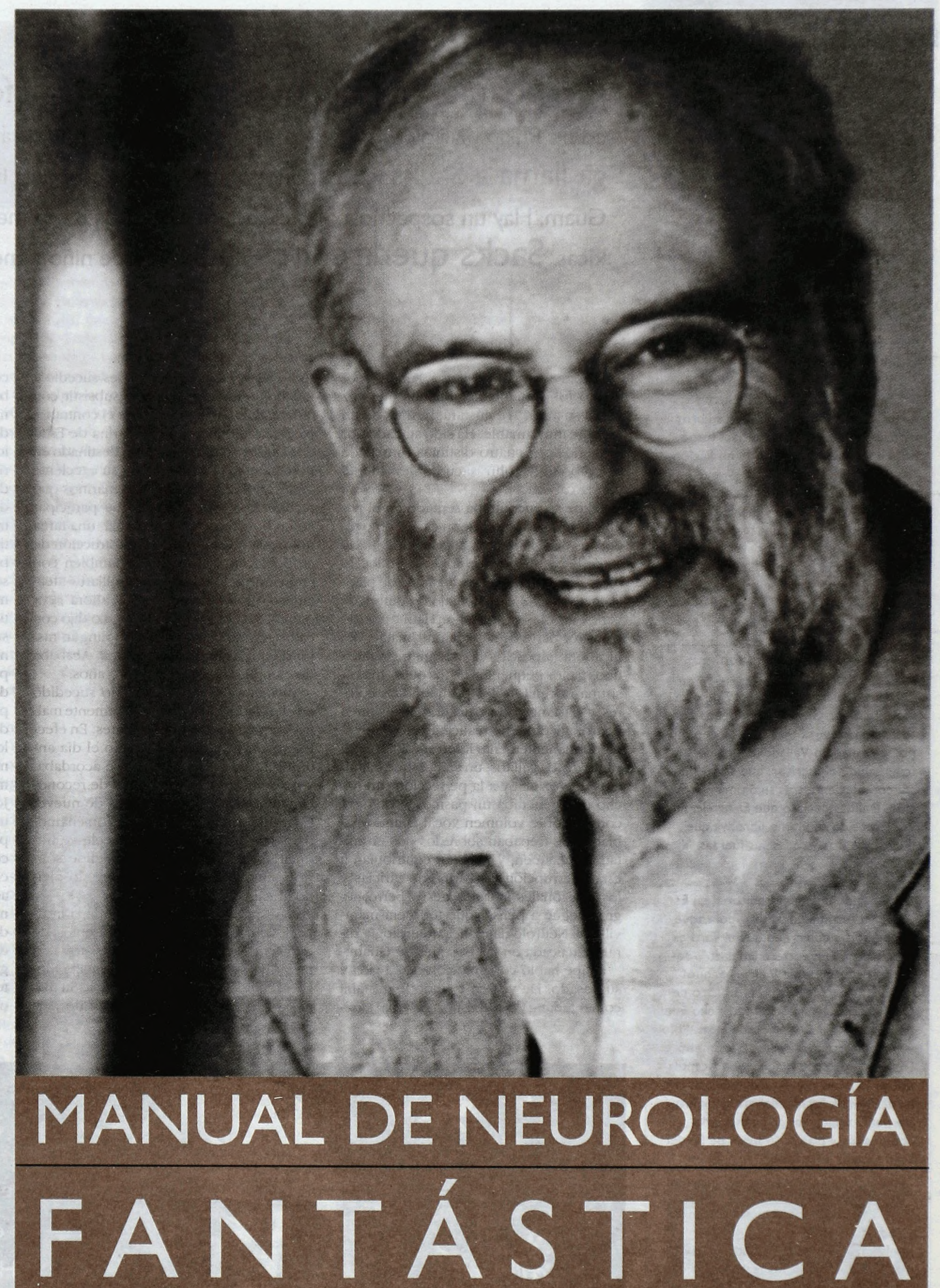
RADAR libros

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 • 23 DE MAYO DE 1999 • AÑO II Nº 80



MANUAL DE NEUROLOGÍA FANTÁSTICA

Oliver Sacks, el notable neurólogo que desde hace años se dedica a publicar los fascinantes casos en los que interviene (El hombre que confundió a su mujer con un sombrero, Un antropólogo en Marte), *ha publicado ahora* La isla de los ciegos al color. *Publicado por la editorial Norma, el libro estará en librerías la semana próxima. A continuación, dos fragmentos del relato "Guam".*

por Oliver Sacks

Todo comenzó con una llamada, a principios de 1993. "Es de parte de un doctor. Steele", dijo Kate. "John Steele, desde Guam." Años atrás, en Toronto, yo había tenido algún contacto con un John Steele, un neurólogo. ¿Sería el mismo? Y si era así, me pregunté, ¿por qué razón me llamaba ahora y desde Guam? Levanté el teléfono, algo indeciso. Cuando mi interlocutor se presentó, en efecto se trataba del John Steele que yo había conocido. Me contó que ahora vivía en Guam, y que trabajaba allá desde hacía varios años.

Guam había despertado un interés especial para los neurólogos durante los cincuenta y sesenta debido a las innumerables descripciones publicadas sobre una extraordinaria enfermedad endémica en la isla, una enfermedad que los nativos de Guam, los chamorros, llamaban *lytico-bodig*. La enfermedad, aparentemente, podía manifestarse de distintas formas, algunas veces como "lytico", una parálisis progresiva que se asemejaba a una esclerosis amiotrópica lateral (EAL o enfermedad de las neuronas motoras), y otras veces como "bodig", una condición comparable al parkinsonismo, ocasionalmente acompañada de demencia. Investigadores ansiosos llegaron de todas partes del mundo a Guam, ávidos por descifrar esta misteriosa enfermedad. Pero, de una manera insólita, la enfermedad no pudo ser vencida por ninguno de los que llegaron y, después de repetidos fracasos, el interés decayó. No había vuelto a escuchar que alguien mencionara el lytico-bodig durante los últimos veinte años, y daba por hecho que había desaparecido lentamente, sin ninguna explicación.

Nada más alejado de la realidad, diría John. En la actualidad él trataba a cientos de pacientes con lytico-bodig. La enfermedad se mantenía activa y aún no se conocía una explicación. Los investigadores iban y venían, comentó, y algunos pocos se quedaban por largo tiempo. Pero lo que más lo había sorprendido, después de llevar doce años en la isla, y de haber visto cientos de pacientes, era la ausencia total de uniformidad, la variabilidad y riqueza, la rareza de sus manifestaciones, que para él parecían estar bajo la esfera de los síndromes posencefálicos vistos con tanta frecuencia después de la epidemia de encefalitis letárgica durante la Primera Guerra Mundial.

El cuadro clínico del bodig, por ejemplo, era por lo general el de una profunda inmovilidad, casi catatónica, con relativamente poco temblor o rigidez, una inmovilidad que podía de repente derivar o transformarse de manera explosiva en su total contrario cuando a los pacientes se les suministraba una pequeña dosis de L-DOPA, un caso, pensaba John, que consideraba increíblemente cercano a lo que yo había descubierto en *Despertares* con mis pacientes posencefálicos.

La gran mayoría de estos desórdenes posencefálicos había desaparecido del todo en la actualidad, y en la medida en que yo había trabajado con una extensa y única población (en gran parte ancianos) de posencefálicos en Nueva York durante los cincuenta y los sesenta, me encontraba entre los pocos neurólogos contemporáneos que los conocía de cerca. Así que John se mostró más que ansioso para que yo observara sus pacientes de Guam, y poder así hacer comparaciones y encontrar contrastes directos entre éstos y los míos.

El parkinsonismo que afectaba a mis pacientes posencefálicos había sido causado por un virus; otras formas de parkinsonismo son hereditarias, como sucede en las Filipinas, y aun algunas tenían conexión con algún tipo de veneno, como la de los trabajadores de las minas de manganeso en Chile o los "adictos congelados" que destruyeron sus cerebros (centrales) con la droga sintética MPTP. En los años sesenta se había sugerido que el lytico-bodig también había sido causado por un veneno, adquirido al ingerir las semillas de las cicas que crecían en la isla. Esta exótica hipótesis era la dominante durante los sesenta, cuando yo me desempeñaba como neurólogo residente y era una hipótesis que me atraía particularmente pues sentía pasión por estas plantas primitivas, una pasión que venía desde la infancia. En efecto, yo tenía tres pequeñas cicas en mi oficina, una *Cycas*, un *Dioön* y una *Zamia*, todas apiñadas alrededor de mi escritorio (Kate tenía una *Satngeria* al lado del suyo), y se lo mencioné a John.

"¡Cicas, éste es el territorio de esas plantas, Oliver!", respondió John levantando la voz. "Las tenemos por todos los rincones de la isla; los chamorros adoran la harina que elaboran con sus semillas y la llaman fadang o federico... Que tenga o no que ver con el lytico-bodig es otro asunto. Y en Rota, al norte de aquí, a un pequeño salto en avión, puedes encontrar bosques enteros e intactos de cicas, tan densos y salvajes que podrías pensar que aún te encuentras en el Jurásico.

"Te encantará, Oliver, no importa qué tipo de sombrero lleves puesto. Caminaremos por la isla observando las cicas y los pacientes. Podrías empezar a llamarte neurólogo cicadeceologista o cicadeceólogo neurológico, sea como sea, ¡obtendremos la más alta calificación en Guam!"



NOTICIAS DEL MUNDO

* Negocios millonarios. Tom Clancy, un "escritor" cuyos libros siempre van a parar al cine, ha recibido la colaboración del Estado Mayor de la Fuerza Aérea estadounidense para terminar el libro *Every Man a Tiger* (*Cada hombre un tigre*). La novela gira alrededor del buen uso de la fuerza aérea en los nuevos conflictos bélicos. Dice la OTAN que es un libro muy rescatable. Wes Craven, un cineasta clase b que quiere meterse en la literatura, por su lado, ha escrito una novela con el título *Fount Society*. La suma de siete cifras en dólares que recibió de la casa Simon & Schuster incluye los derechos de adaptación cinematográfica.

* El año pasado, la Modern Library presentó su lista de los mejores libros de ficción del siglo. Este año, el turno llegó a los mejores libros de no ficción (en inglés). La Modern Library, que es una colección de referencia con mucho prestigio sobre todo en el ámbito literario anglosajón, fue fundada en 1917, y pertenece hoy a la editorial Random House. El libro "ganador", fue *The Education of Henry Adams*, autobiografía del historiador que fue escrita en 1918 y no ha sido traducida al castellano. La lista completa se puede ver en la página web **www.nytimes.com/books**.

* Miguel Delibes recibió el 12 de este mes el primer Gran Premio de los Lectores de la revista *Qué Leer*. La ceremonia se realizó en Valladolid, debido a la frágil salud del escritor, que se encuentra convaleciente tras su última operación. Delibes declaró que *El, hereje*, tal vez haya sido su último libro, ya que dedica sus días y todas sus fuerzas "a sobrevivir".

* Ha nacido una nueva editorial en España. "El Acantilado va dirigido a aquellas personas que creen que el libro es algo más que un entretenimiento", declaró el editor Jaume Vallcorba, que lanzó el nuevo sello bajo el amparo de Quaderns Crema y de Sirmio, sello que publica obras más bien académicas. "No voy a publicar best-sellers", prometió. Las primeras publicaciones del Acantilado serán entre otras, *Lo que Europa debe al Islam de España* del profesor Juan Vernet, y *Cuadernos de un mamí* del compositor y pianista francés de fin del siglo pasado, Erik Satie.

* Escritores británicos de literatura "pop", encabezados por el autor de la inflada novela *Trainspotting*, Irvine Welsh, han decidido encontrar nuevas maneras de llegar a sus lectores, ya que a menudo "sufren" malas reseñas en la prensa tradicional inglesa. Con este propósito, saldrán a leer sus textos a clubs y fiestas de moda en Londres, Manchester, Leeds y Birmingham. Estarán contentos de haber tenido una idea tan innovadora.

* Terminó ayer el New York Festival of Mystery. La reunión convocó a 300 académicos, aficionados, editores y escritores en Nueva York. El evento estuvo dedicado al relato de terror y misterio, sobre todo a las obras de Edgar Allan Poe, y S.S. Van Dine. Además de las charlas y discusiones sobre el género, los organizadores ofrecieron visitas y caminatas por lugares neoyorquinos que figuran en las novelas y los cuentos conmemorados. ¡Qué miedo!

Golpean a su puerta, llega una carta, **el teléfono suena**, y Sacks, como Philip Marlowe, sale en busca de su próxima aventura. En este caso, **un colega llama a Sacks** y le expone el "caso": el lytico-bodig hace estragos en la isla de Guam. Hay un sospechoso: las cicas, unas especies de palmeras cuyas semillas son tóxicas. **Sacks queda shockeado**: ¡desde niño tiene pasión por las cicas!

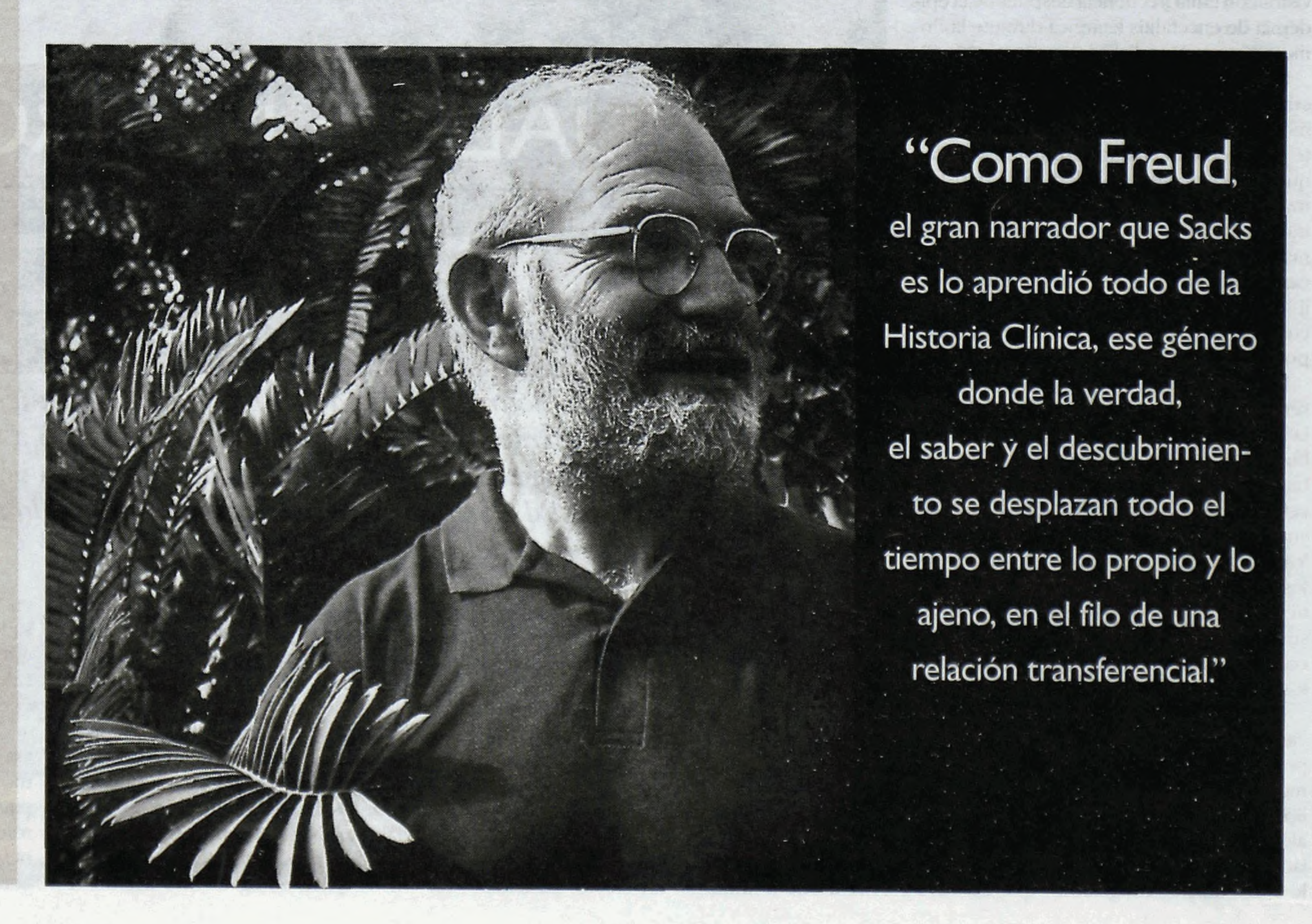
"Ahora vamos a visitar a Felipe", comentó John mientras subíamos una vez más a su auto. "Te gustará, se trata de un hombre muy amable. Ha sido atacado por lo menos por cuatro distintas formas de lytico-bodig." John sacudió levemente con la cabeza.

Felipe se encontraba sentado en el patio en la parte trasera de su casa, como todos los días, la mirada hacia afuera, hacia su jardín, y una leve sonrisa fija en los labios. Era un hermoso jardín, lleno de plantas nativas, con el patio bajo la sombra de varios árboles de plátano. Había pasado la mayor parte de su vida en Umatac, dedicado a la pesca y la agricultura. Criaba unos gallos pequeños, de los que tenía casi una docena, todos de hermosos colores y bastante domesticados. El examen neurológico que le realicé a Felipe se vería permanentemente interrumpido por el canto de los gallitos, un sonido que él imitaba en voz alta y a la perfección (un hecho que generaba un pasmoso contraste con su pobre volumen vocal cuando hablaba). Se trepaban sobre los dos en mitad del examen, y también contribuían a esta interrupción las cariñosas caricias y los ocasionales ladridos de su perro negro. Llegué a pensar que todo era maravilloso. Neurología rústica, neurología rural, practicada en los bosques de Guam.

Felipe habló con emoción de su vida y su pasado. De vez en cuando le gustaba comer fadang ("a todos nos gustaba"), pero no se vio forzado, como les sucedió a muchos otros chamorros, a subsistir con fadang durante la guerra. Por el contrario, pasó toda la guerra en la Marina de Estados Unidos, parte del tiempo destinado en Portsmouth, Virginia (de ahí su excelente inglés), y formó parte de los marinos que recuperaron Guam. Tuvo que participar en un bombardeo sobre Agana, una tarea dolorosa, pues significó la destrucción de su población nativa. Habló también con emoción de los amigos y familiares afectados con el lytico-bodig. "Y ahora", comentó, "lo tengo yo también". Lo dijo con calma, como algo simple, sin ningún rasgo de autocompasión o drama. Acababa de cumplir cincuenta y nueve años.

Su memoria, intacta para lo sucedido en el pasado, ha quedado seriamente maltrecha para los hechos recientes. En efecto, nosotros habíamos pasado el día anterior a saludar, pero él no se acordaba, y no demostró ninguna señal de reconocimiento cuando lo visitamos de nuevo. Cuando John le reveló la versión chamorro para su nombre (John Steele se traduciría como "Juan Lulac"), Felipe sonrió y aunque repitió el nombre, lo olvidó al cabo de un minuto.

A pesar de que Felipe sufría de la incapacidad de registrar hechos presentes, de transferirlos del momento inmediato a una memoria permanente, no presentaba ninguna otra deficiencia cognoscitiva. Su manejo del lenguaje, su capacidad de percepción y su capacidad de discernir estaban en perfectas condiciones. El problema con su memoria se había deteriorado, de una manera muy lenta, a lo largo de los últimos diez años. Después desarrollaría una especie de desgaste muscular; la delgadez de sus manos, alguna vez las poderosas manos de un campesino, nos estremeció cuando lo examinamos. Por último y durante el último par de años, había desarrollado parkinsonismo. Al final, sería el parkinsonismo lo que lo había disminuido tanto, apartándolo de la vida activa, convirtiéndolo en un ser retirado en su propio jardín. Cuando John lo examinó por última vez, unos meses atrás, el parkinsonismo estaba totalmente confinado a un solo costado, pero progresaba a pasos agigantados, y ahora le afectaba los dos costados. Al principio, presentaba sólo una leve agitación, apenas una total inmovilidad, una leve ausencia de iniciativa motora. Pero ahora, según me mostró John, se podía identificar el comienzo de una perlesía visual (la indicación de una posible cuarta forma del lytico-bodig). La cortesía de Felipe, su carácter, permanecían intactos a pesar de la enfermedad, acompañados de una perspicacia y un humor indulgentes. Cuando me volví para decir adiós, Felipe tenía un gallito en cada brazo. "Vuelva pronto", dijo con alegría. "No voy a poder recordarlo, así que tendré de nuevo el placer de conocerlo una vez más."♣



"Como Freud, el gran narrador que Sacks es lo aprendió todo de la Historia Clínica, ese género donde la verdad, el saber y el descubrimiento se desplazan todo el tiempo entre lo propio y lo ajeno, en el filo de una relación transferencial."

El Curioso Impertinente

por Alan Pauls

1 ¿Quién es Oliver Sacks? ¿Un neurólogo que escribe? ¿Un coleccionista de *freaks* cerebrales? ¿El Hombre que Redimió la Ciencia Médica? ¿El frenólogo de Hollywood? ¿Un San Francisco de Asís de guardapolvo blanco? ¿Un Bruce Chatwin mental? ¿El último naturalista del siglo XX? Sacks nació en Londres hace 66 años. Estudió medicina y neurología en Middlesex y en Birmingham, y después de ejercerla unos años abandonó la práctica clínica para dedicarse a descifrar los enigmas del cerebro humano. A fin de los años '60 se puso a escribir; primero ensayos y monografías académicas, libros como *La jaqueca*, exhaustivos y agotadores, en los que el fárrago de erudición deja entrever, sin embargo, algunos destellos de límpida extrañeza; después, atraído por la fuerza de las historias clínicas que le tocó atender, se consagró a esas singulares antologías de rarezas que son sus libros más famosos: *Despertares*, *Con una sola pierna*, los extraordinarios *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* y *Un antropólogo en Marte*. Convertido rápidamente en *best seller*, codiciado por el *show business*, que cada tanto le compra alguna historia para llevarla al cine, Sacks, curiosamente, volvió a la clínica (visita pacientes tres veces por semana en Nueva York, pero cualquiera que tenga algún derrame neuronal sofisticado puede pedir turno visitando su *site* en Internet) y a la docencia (enseña neurología clínica en la Facultad de Medicina Albert Einstein), dos actividades que sólo interrumpe (o más bien perpetúa) cuando lo tienta alguna aventura lo suficientemente exótica para estremecer las certezas de su disciplina. La última, que lo llevó en un par de aviones trémulos hasta el archipiélago de Micronesia, aparece minuciosamente narrada en *La isla de los ciegos al color*. Sacks sigue las huellas de algunos exploradores ilustres (Charles Darwin, James O'Connell) y aterriza en Pingelap, en Pohnpei y en Guam, tres remotas sucursales de esa patria de desconciertos que ya es su especialidad. En las dos primeras lo espera la colonia de acromatópsicos (ciegos al color) más grande del planeta; en la segunda, el lytico-bodig, una patología endémica que combina sorpresivamente el horror de la parálisis con la agitación del Parkinson. El libro no es el mejor Sacks, pero en los dos relatos que lo componen hay motivos de sobra para entender por qué este médico bonachón, detallista, vagamente parecido a Bob Hoskins, es decididamente el Hombre que Puso de Moda al Cerebro.

2 Hollywood no lo dejó pasar. Compró *Despertares*, contrató a Robin Williams (médico) y a Robert De Niro (enfermo post-encefálico) y tradujo las extrañas descripciones clínico-líricas del libro al kitsch insípido de un triunfalismo narrativo que habría ruborizado al Alejandro Doria de *Darse cuenta*. Compró la historia de Virgil (uno de los siete "casos paradójicos" de *Un antropólogo en Marte*: un hombre casi ciego de nacimiento que se opera y descubre la visión a los cincuenta años), contrató a Val Kilmer y reemplazó la psicodelia por el psicodrama, el conflicto (¿qué pueden ver dos ojos que no tienen ni idea de lo que *significa* ver?) por el sentimentalismo misericordioso (¡pobre Val! ¡Tan joven y ciego!). La versión californiana del mundo Sacks opera una transformación obvia pero fatídica: cambia el cerebro por la voluntad, la complejidad del trastorno por el obstáculo tosco, la potencia inventiva de la enfermedad por una parodia de esperanza. Pero no es sólo una reserva de "humanidad" lo que las otras artes descubren en la obra del neurólogo. Cuando el director de teatro Bob Wilson, en confabulación con el músico Michael Nyman, eligió adaptar a la escena *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* (la obra participará este año en el Festival Internacional de Teatro de Buenos Aires), era obvio que no le interesaban los paroxismos voluntaristas que desvelan a Hollywood, sino más el objeto difuso, enigmático, a menudo inconcebible, de eso que el mismo Sacks llama "neurología de la identidad": ese tejido sutil, hecho de afectos, impresiones y percepciones, que forma un yo humano, y que la enfermedad neurológica enrarece cuando lo desgarra, malográndolo y transformándolo al mismo tiempo. Si Hollywood usa a Sacks para destilar su viejo humanismo industrial, Wilson detecta y enhebra los hilos secretos que conectan sus historias con lo más enigmático de la estética y la reflexión contemporáneas. Acromatópsicos, reminiscentes compulsivos, gente que no reconoce un miembro de su propio cuerpo, autistas que pintan durante treinta años el mismo cuadro, amnésicos, el señor que confunde a su mujer con un sombrero: los casos que Sacks investiga son "raros" porque ponen en escena la crisis contemporánea por excelencia –la crisis de la *acción*–, y porque el "arma" con que la ponen en escena es la *percepción*: sus potencias, pero también –o sobre todo– sus imposibilidades, sus aporías, sus catatonias (ése es el punto en el que los relatos de Sacks, sin siquiera proponérselo, parecen invocar las imágenes del cine de Alain Resnais, de Andreï Tarkovsky o, más cerca de nosotros, de Nanni Moretti).

3 Sacks no trabaja con enfermos sino con *idiópatas*. La definición médica del término alega "explosiones periódicas y súbitas del sistema nervioso". La británica Edith Sitwell, más apegada a su tradición nacional, prefería hablar de "excéntricos". Es fácil verificar que aluden a lo mismo: basta leer al mismo tiempo *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* (el *chef d'oeuvre* de Sacks) e *Ingleses excéntricos* (el sublime manual de Miss Sitwell). Al cabo de unas páginas, la lectura tenderá a bizquear y los libros, si alguna vez fueron dos, a mezclarse. En Sacks y en Sitwell, lo que hay es mucho más que un escrupuloso respeto por las vidas ajenas que narran; hay el afán infatigable, como de miniaturista loco, de reconstruir un acento único, una singularidad: ese idioma privado y a menudo ilegible que se llama idiosincrasia. Sacks, Sitwell ... Agreguemos a Nietzsche y cartón lleno. Nietzsche, que supo leer como nadie esa íntima semiótica pasional que acecha en toda enfermedad; Nietzsche, que de golpe irrumpe en un texto de Sacks desafiándonos: "En cuanto a la enfermedad: ¿no nos sentimos casi tentados a pensar si podríamos arreglárnoslas sin ella?".

4 Los libros de Oliver Sacks se leen como ficción. No necesariamente rápido, pero sí con fruición, en estado de captura, con esa doble intención que imponen la voracidad y el terror al desenlace. Como Freud, el gran narrador que Sacks es lo aprendió todo de la Historia Clínica, ese género donde la verdad, el saber y el descubrimiento se desplazan todo el tiempo entre lo propio y lo ajeno, en el filo de una relación transferencial. "Mi primera deuda es para con mis pacientes", reconoce Sacks cada vez que puede. La historia clínica ya no enumera una cadena de contratiempos orgánicos: narra el modo en que un cuerpo se apropia de las marcas que le infligió el tiempo y despliega las figuras –patéticas o desopilantes, irrisorias o geniales, pero siempre singulares– que dibuja con ellas. Si la historia clínica es una biografía especializada y el "caso" un retrato –ese camafeo verbal que el siglo XIX llamaba *fisonomía*–, Sacks es la reencarnación heterosexual de Lytton Strachey. Sólo que, a diferencia de Strachey, irremediablemente perdido por la pereza, Sacks siempre está dispuesto a ponerse en movimiento. El sedentarismo no es su fuerte; de ahí que no haya muchos consultorios entre los decorados de sus libros y sí pueblitos italianos, comarcas perdidas en el interior de Estados Unidos, islas del Pacífico del tamaño de una uña. Golpean a su puerta, llega una carta, el teléfono suena, y Sacks, ya no como Lytton Strachey sino como Philip Marlowe, sale en busca de su próxima aventura. ¿Cómo llamar, pues, a un neurólogo que escribe casos clínicos como si fueran policiales (como se puede leer en el extracto que aquí se publica, el principio de "La isla de las cicas", segundo relato de *La isla de los ciegos al color*, es la apoteosis de ese contagio de géneros. Un colega llama a Sacks y le expone el "caso": el lytico-bodig hace estragos en la isla de Guam. Hay un sospechoso: las cicas, unas especies de palmeras cuyas semillas son tóxicas. Sacks queda shockeado: ¡desde niño tiene pasión por las cicas!), que tiene la elegancia minuciosa de un retratista, la avidez de un explorador, la falta de prejuicios de un naturalista, la vocación empírica de un viajero? Llamémoslo un *curioso*.♣



SANTORAL

MANOS A LA OBRA

De París a Nueva York, de Londres a Milán y de Boston a Frankfurt, las publicaciones intelectuales más relevantes y las instituciones académicas más prestigiosas han empezado a dedicar a Cornelius Castoriadis –tras cumplirse poco más de un año de su muerte– números especiales, volúmenes colectivos, seminarios y todo tipo de actividad imaginable.

El gran pensador greco-francés concluía *Hecho y por hacer*, su libro de balance y de legado, con las siguientes palabras: "No es lo que existe, sino lo que puede existir lo que tiene necesidad de nosotros". Desde entonces ha ido encontrando –principalmente en donde el pensamiento crítico y el inconformismo persevera– un eco que se multiplica en los más diversos puntos del planeta, y que parece estar respondiéndole, literalmente: "manos a la obra".

Uno de los principales eventos dedicados al fundador de la célebre revista *Socialismo o Barbarie* será el "Coloquio Castoriadis" a realizarse en París, organizado por la prestigiosa Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París (donde Castoriadis era director de estudios), la revista francesa *Esprit* y la revista argentina *Zona Erógena*. Los días 24 y 25 de junio próximo se darán cita en este evento –que se singulariza por su propuesta a la vez académica y política de retomar y discutir tanto las ideas teóricas como el Proyecto de Autonomía postulados por Castoriadis– figuras de la talla de Piere Vidal Nacquet, Edgard Morin, Claude Lefort, y Milan Kundera.

Buenos Aires no es ajena a este proceso: la Universidad de Buenos Aires y la revista *Zona Erógena* (que ya en 1993 y 1996 coorganizaron las dos únicas visitas de Cornelius Castoriadis al país), han preparado el capítulo local del Coloquio Castoriadis: fundamentalmente creando el "Premio Castoriadis-10 Aniversario de Zona Erógena". Auspiciado por ***Página/12***, cuenta con un jurado internacional presidido por Sparta Castoriadis (hija de Cornelius y encargada actual de la edición de sus obras inéditas) que premiará el mejor ensayo sobre el pensamiento de Castoriadis con el pasaje a París y la inscripción para asistir, justamente, al "Coloquio Castoriadis".



EN EL QUIOSCO

EL ESCRIBA. Año 2. Número 4
Con diseño renovado, el "periódico dedicado para quienes escriben (o desean hacerlo)" acaba de publicar su nueva edición que, como siempre, puede adquirirse en forma gratuita en librerías, bares y centros culturales. En esta ocasión, el número cuenta con dos notas centrales. La primera es un extracto de *Creating Short Fiction* del estadounidense Damon Knight, del que se seleccionaron los párrafos dedicados a los primeros pasos en la escritura de un relato. Por otro lado, se presenta una selección de cartas de Fiodor Dostoievski. En las últimas páginas, el resultado del Tercer Concurso de Cuentos organizado por la revista. Para más información: 48 65 53 43 o **elescriba@hotmail.com.**

LA GUACHA. Revista de poesía. Año 2. Número 6 Festejando con este número el alcance nacional de la revista, *La Guacha* propone a Olga Orozco como candidata al Premio Nobel de Literatura. Las razones de la propuesta aparecen en distintos artículos: un reportaje a la poeta realizado por Mariana Docampo, José Luis Otero y Claudio Lomenzo; una recopilación de la visión de distintos escritores y poetas sobre Orozco y una recorrida por toda su obra a cargo de Gustavo Zonana, secretario de redacción de la revista mendocina *Piedra y canto*. Además, un reportaje al editor y poeta Jorge Alonso, como una suerte de retrospectiva de su trayectoria; el anticipo de *Sacro* de Luis Francisco Houlin; y el rescate del poeta chileno Pablo de Rokha.

ACIDO. L'ANARQUIA DEL PENSAMIENTO. N° 7 (marzo de 1999)
Sí, Junín (provincia de Buenos Aires) no es lo que era. Hay una vanguardia local, hay jóvenes en estado de exaltación química. Los asados son de colores. El número 7 de *Acido* incluye notas sobre Basquiat, el artista del graffiti, y el historietista Robert Crumb. Partidarios de las estéticas radicales, los jóvenes de Junín recuerdan el acto total de Rudolf Schwarzkogler, quien en la década del sesenta, en un happening sanguinario, amputó su propio pene. La edición incluye además letras de Depeche Mode y textos de Cioran. Del director de la revista, Silvio Javier de Gracia, se incluye un cuento de su propia pluma.

P. M.

Ciudad gótica



MUSEO NEGRO
María Negroni
Norma
Buenos Aires, 1999
230 págs. $ 17

por Laura Isola

Un museo es, ante todo, una construcción racional (y, por eso, decimonónico). Es el recorte que se pretende perfecto (premisa que se sostiene incluso en sus intentos fallidos); es la obsesiva busca de un orden: estabilizar y conservar las palabras y las cosas. Los museos engendran dos monstruos intelectuales al mismo tiempo: la obra de arte y su creador. Ser un coleccionista, sea de restos de alta o baja cultura o de fragmentos de lenguaje (quizá, sólo se puedan coleccionar fragmentos) supone un desafío: la pasión, que es su motor, pero también la destrucción. El deseo de poseerlo todo implica la pérdida y la desposesión. Es ahí que nace la posibilidad de inventar la propia genealogía y reconstruir imaginariamente una pertenencia.

El libro de María Negroni, *Museo negro*, participa de este rápido e imperfecto listado de propiedades. A la racionalidad, al recorte perfecto y la organización del material se le agrega el cuidadoso tratamiento de los textos. La autora de *Museo negro* concibe este libro como un viaje intelectual hacia la hondura de lo negro. La estética gótica, en su propia y original definición, se hace productiva: es "una emoción del espacio". Organiza, controla y corroe la trama y se funda no como temática sino como espacio: el espacio cerrado, una arquitectura vertical que atrae hacia las profundidades de lo bajo, donde "algo viscoso y fascinante tiene lugar." De esta manera es que lo gótico se transforma en el hilo de Ariadna para guiarnos en el laberinto de la noche, la oscuridad, los monstruos y las tinieblas.

En este caso, el negro funciona como un concepto que se revela altamente productivo para leer una colección de textos (libros y películas) de autores aparentemente eclécticos y heterodoxos: Horace Walpore, Franz Kafka, Oscar Wilde, *Metropolis*, la película de Fritz Lang, Nathaniel Hawthorne, *Frankenstein de Mary Shelley*, George Bataille, *Drácula*, Henry James, Stevenson, *El fantasma de la Opera* y Alejandra Pizarnik, entre otros. La pregunta es inevitable: ¿cuál es el nexo entre los castillos de Kafka y Bram Stoker, cuál, entre la atrocidad que devela James en la infancia y el extraordinario caso de Dorian Grey, cuál entre el castillo de Otranto y el laboratorio de Jekyll? La respuesta no puede ser otra que la agudeza del coleccionista: "No es mi intención convencer. Sí, en cambio, transmitir algo de ese imaginario fascinante, saturado de castillos y lagos, guaridas y laboratorios, cajitas musicales y jardines del Mal, ruinas urbanas y naves como féretros en los cuales se mueven sus magníficos sueños. Porque en esa temperie, tengo la impresión, algo crucial se materializa: un verdadero reino sentimental donde es posible, bajo una luz cualquiera, percibir súbitamente la imperiosa relación que existe entre la infancia y lo atroz, la pasión y el miedo, el deseo de fusión y la escritura."



Gracias a la habilidad persuasiva de Negroni, las relaciones se hacen visibles: dejan de ser impresiones e iluminan en profundidad el entramado textual que forman las piezas de su museo. Bien montada y mejor escrita la prosa de María Negroni recuerda, sin ser epigonal, al Borges de la revista *El Hogar* la colección de textos reunidos en *Museo negro* se deja recorrer con "la efímera astucia de lo coleccionable".♣



MUDANZAS
Hebe Uhart
Mondadori
Buenos Aires, 1999
112 págs., $ 13

La familia argentina

por Dolores Graña

Una familia italiana de principios de siglo se muda a una flamante casa en Moreno, muy diferente –se presume– de la anterior. La mudanza, aparte del cambio de ambiente, significa muchas otras cosas: la ciudad, los vecinos, cierta prosperidad, todo el ritual de visitas y relaciones que se establecen en esta nueva ubicación. El padre no está demasiado feliz, como no lo está la madre, más preocupada por la salud de los pollos y los problemas que "descajetan" su vida que por la novedad de tener que cambiarse "para salir". Los hijos (Domingo, próspero empleado de los ferrocarriles; María, una chica sencilla que se aleja cada vez más de la realidad, y Atilio, un joven generoso que cuenta con un único defecto para su familia: ser afiliado al partido radical) comienzan a construir sus vidas, que transitan caminos cada vez más incomprensibles para sus padres. Es por eso que las idas y venidas de las casas en las que se distribuye la familia sólo evidencian las cosas que se pierden en el camino.

Por allí sobrevuela el esbozo de los hijos que intentan sacudirse todo lo posible las acusaciones de falta de refinamiento de sus padres, apoyándose en la figura del inexpresivo doctor Raimondi y en sus diatribas a favor de una vida "ordenada y civilizada". En oposición a María, que se vuelve cada día más loca a medida que no encuentra razones para justificar los cambios, aparece –como su figura invertida en el espejo– la mujer de Domingo (la misma que contribuye con una apreciable cuota de humor gracias a su inveterada costumbre de responder "francamente" a todo tipo de interrogantes), siempre dispuesta a enaltecer el orden y progreso de su forma de vida, expulsando cualquier tipo de exabrupto emocional.

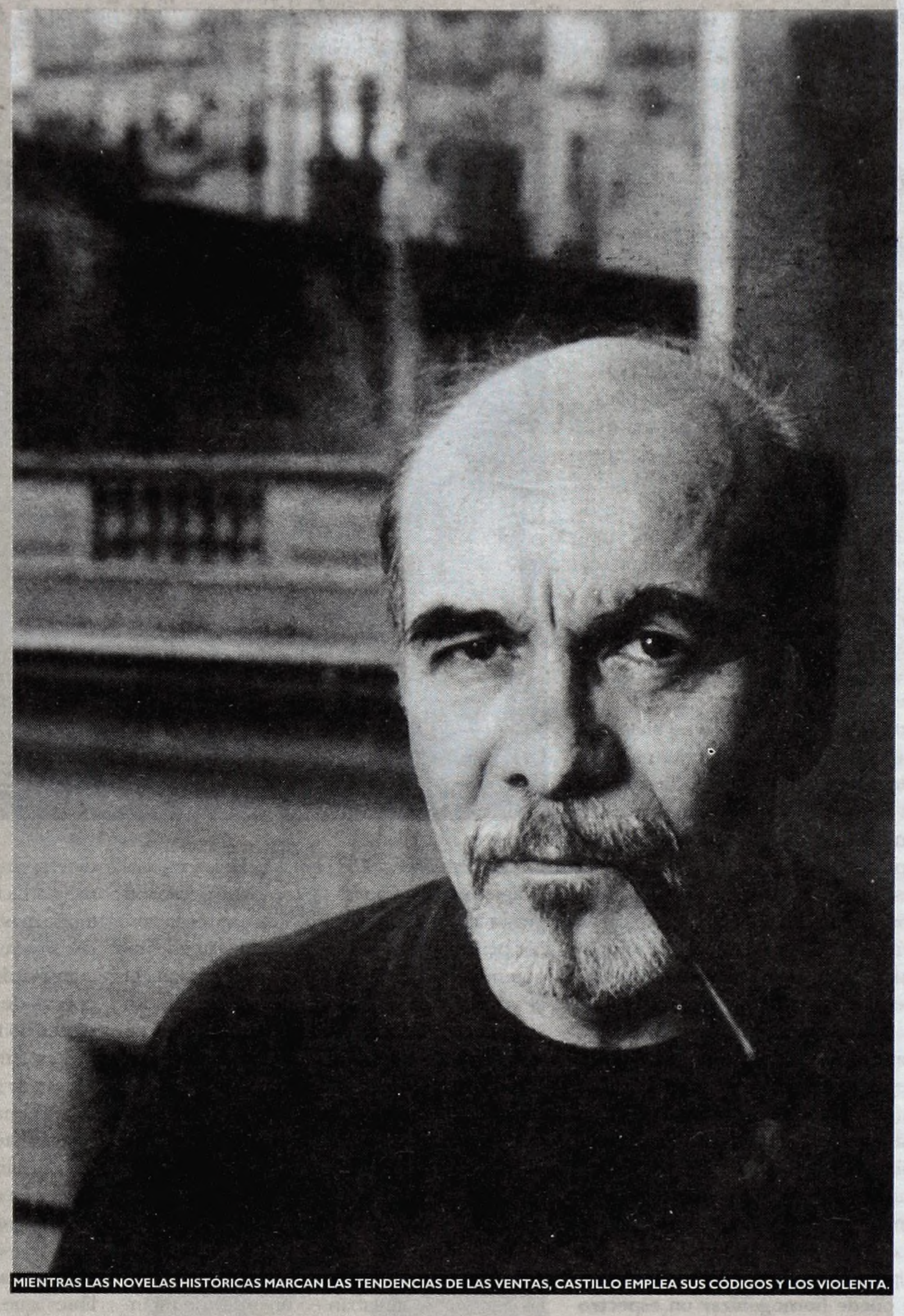
En *Mudanzas*, Hebe Uhart encuentra un tema ideal para su tono despojado, sarcástico pero piadoso, particularmente apto para reflejar situaciones dolorosas, siempre superadas en ese estilo estoico característico de cualquier familia de inmigrantes. Es por eso que lo que ocurre en las vidas de toda esta gente es tratado con una ecuanimidad y una simpatía que no sólo logra conmover, sino que transforma a esta novela en uno de los mejores ejemplos posibles de lo que en inglés se denomina *slice of life*, (algo así como una "rodaja de vida"). Con momentos decididamente desopilantes y otros igualmente amargos, contenidos siempre por su autora dentro de lo cotidiano, la novela va construyendo toda una vida de contradicciones y sentimientos mal comunicados, de ocasiones que se pierden o se desaprovechan. Lo que culmina en ese infierno tan temido: descubrir que uno no ha dejado rastros.♣

CASTILLO: LA LITERATURA COMO EVANGELIO



EL EVANGELIO SEGÚN VAN HUTTEN
Abelardo Castillo
Seix Barral
Buenos Aires, 1999
222 págs. $ 16

por Guillermo Saccomanno



MIENTRAS LAS NOVELAS HISTÓRICAS MARCAN LAS TENDENCIAS DE LAS VENTAS, CASTILLO EMPLEA SUS CÓDIGOS Y LOS VIOLENTA.

"No pido que se me crea", dice el anónimo narrador de *El Evangelio según Van Hutten*, la última novela de Abelardo Castillo. Después, agrega: "Toda historia, creíble o no, necesita un comienzo". El comienzo, en este caso, es una advertencia al lector que irá reproduciéndose, casi como constante, a lo largo de toda la narración. Uno puede preguntarse qué necesidad tiene Castillo de advertir al lector, sobre qué lo previene, o mejor dicho, hacia dónde quiere orientar la lectura. "Yo no le gusto", dice Van Hutten, "pero usted me gusta a mí". Este reconocimiento del arqueólogo uruguayo, se me ocurre, es una declaración de principios: lo que importa en el oficio de narrar, más que quien narra, es el lector. Se trata de la narrativa, en el cuento oral los hombres junto al fuego, el sabio contando, de privilegiar la historia y a quien se dirige. En las novelas anteriores de Castillo, el personaje podía considerarse casi, peligrosamente, un alter ego del autor. Tanto en *El que tiene sed* como en *Crónica de un iniciado*, la apuesta era confesional. En *El Evangelio*, en cambio, el narrador es un puente entre el héroe, quien confiesa, y el lector. "Yo no le gusto, pero usted me gusta a mí", debe ser leído entonces como una reivindicación del oficio, pero no sólo. Usted va a ser seducido, parece avisar Castillo, amenazador. Y lo consigue.

Con ironía, en las numerosas advertencias al lector, subrayando que se está contando, aunque parezca redundante, un cuento, Castillo apela al distanciamiento para datar una aventura: la búsqueda de los rollos del Mar Muerto por Estanislao Van Hutten, un arqueólogo uruguayo recluido, en el presente del relato, en La Cumbrecita, Córdoba. Hay una referencia ineludible en el "estilo Castillo" de contar: Borges. Si Piglia, en *Nombre falso*, instrumentaba un mecanismo típicamente borgeano en el hallazgo de un texto perdido de Arlt, Castillo, en *El Evangelio*, articula una vuelta de tuerca borgeana sobre otro texto no menos falso. La referencia a Borges implícita se apoya en la crítica literaria (caso Piglia) o la arqueología (caso Castillo) instrumentadas como investigaciones policiales. ¿Qué es *El Evangelio*? Probablemente, "una novela policial escrita por el Espíritu Santo", Castillo *dixit*. La referencia a Borges, también, está en el tono. Borges, en "*La intrusa*" (por citar uno de sus cuentos paradigmáticos), declara acerca de su historia: "Lo cierto es que alguien la oyó de alguien (...)". En Castillo el eco de Borges sugiere, a la vez, una investigación simultánea: una búsqueda absolutamente expresiva en el lenguaje, en el tono, la combinatoria de un registro ilustrado con otro bajo, arltiano, donde el habla y la escritura se conjugan en función de la presunta verosimilitud de la historia como verdad de la literatura.

Con respecto de *El Evangelio*, los comentarios aparecidos hasta la fecha se ocuparon de señalar un regreso de Castillo a sus comienzos. Ahí está su teatro, *El otro Judas*, donde Castillo probaba la hipótesis de que Judas, en realidad, no había traicionado a Jesús. Hubo antes un pacto. La inmolación del revolucionario crucificado incitaría a la rebelión contra el imperialismo romano. Esta hipótesis, resignificada en *El Evangelio*, y éste es uno de los secretos que desasosiegan a Van Hutten, un poseído, resulta el leitmotiv de la novela. Pero hay más, una escritura fluida, a la vez culta y sermoneante como de jesuita desaforado, que reivindica los tópicos de la aventura. De acuerdo, hay un remitente en *El otro Judas*, pero también la resonancia de los cuentos más potentes de Castillo, aquellos que lo consagraron como narrador fundamental de un tiempo en el que la literatura servía no sólo para entretener, no sólo para compartir con un autor la presunción de una complicidad. *El Evangelio* es bastante más. Mientras las novelas históricas marcan las tendencias de las ventas en librerías, Castillo emplea sus códigos y los violenta. *El Evangelio* dispone, como abstraídos, todos los elementos de un best seller: una excavación en el desierto, intrigas que comprenden desde monasterios secretos hasta museos, persecuciones y ocultamientos, incluyendo guerras y revoluciones traicionadas. Pero Castillo, con estos mismos elementos, se aparta del bestseller y prefiere ensamblar historia y novela para así organizar una intriga stevensoniana (y no son pocas las lecciones de Stevenson acá aplicadas), situando la intriga en una reflexión sobre el crimen y el castigo.♣



Hebe Uhart, autora de Mudanzas, recorre la nueva Gandhi.

Cuando un rato después, casi terminando el recorrido, Hebe Uhart explica cómo es su relación con las librerías, resulta mucho más comprensible esa actitud de abalanzarse sobre las bibliotecas como si fueran góndolas de supermercado. "Cuando hay muchos autores que no conozco me pasa como cuando voy a comprar ropa en un *shopping* o algo así, que no sé qué elegir, y me voy. Cuando hay mucho, mucho, me produce una sensación de desconcierto. Quiero comprar uno que sea ese libro. No tres o cuatro. Además prefiero comprar de a uno y leerlos de a uno. Si tengo tres o cuatro los desperdicio, porque voy mirando los tres a la vez. Tengo que comprar uno que me guste mucho y llevarlo", dice la autora de *El budín esponjoso*.

Así, con las tantos medianamente claros, cada vez que Uhart se asoma a una estantería lo hace con la esperanza de encontrar ese libro o ese autor. Tal vez por eso, o porque ya conoce de qué se tratan, pasa de largo por la mesa con los libros de Porrúa. "Cuando no tengo plata compro estos libros. No son lindas ediciones porque son como monótonas. Nunca compraría libros de arte porque están fuera de mi alcance". Y enseguida se acerca a otra mesa donde le llama la atención un gran volumen de tapa dura: *Franz Kafka, imágenes de su vida* de Klaus Wagenbach. "Por ejemplo, este libro no me gusta, porque es como si Kafka hubiera llegado al confort. Kafka, que vivió una vida tan inconfortable, y tan inconfortable en su cuerpo, tan inseguro y angustiado, ahora se convierte como en un objeto de confort, te sentás en un sillón y lees ese libro que debe costar cuarenta o cincuenta pesos, más o menos, y leés y mirás las fotos".

Enseguida lo olvida para abalanzarse sobre otra mesa. "Bueno, ¿acá qué tenemos? ¿De acá qué compraría yo?", dice la autora de *Guiando la hiedra*. "Compraría *San Martín Vivo* de José Luis Busaniche, que es un escritor santafesino muy bien ubicado en la historia nacional, muy moderado entre federales y unitarios, muy moderado. Por chisme, compraría *La canción de las ciudades* de Matilde Sánchez, pero sólo por espíritu de chisme, aunque más bien esperaría que me lo regalara alguien. Este lo compraría por cariño", dice sosteniendo un ejemplar de *Bartleby, el escribiente* de Herman Melville.

Un poco más allá, en otra mesa, Uhart se entusiasma con los libros de Anagrama. "Estas ediciones me caen simpáticas. Acá está *El gran Gatsby* de Francis Scott Fitzgerald, que me gusta mucho. También está *Cartas a los años de nostalgia* de Kensaburo Oé que todos leen pero yo todavía no leí. O por ejemplo éste, *Cuentos de humor* de Saki, que volvería a comprar. Llevaría *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, por supuesto, y *Obras completas (y otros cuentos)* de Augusto Monterroso. Me gusta mucho Monterroso, me gusta eso de unir la filosofía y la literatura. A veces me gustaría escribir fábulas con esa mezcla de humor filosófico literario."

Pablo Mendívil



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos esta semana en Librería Rayuela de La Plata

Ficción

1. El caballero de la armadura oxidada
Robert Fischer
(Obelisco, $9,50)

2. El alquimista
Paulo Coelho
(Planeta, $14)

3. El libro del fantasma
Alejandro Dolina
(Colihue, $19)

4. Verónica decide morir
Paulo Coelho
(Planeta, $16)

5. La hija de la fortuna
Isabel Allende
(Sudamericana, $21)

6. Lo que me costó el amor de Laura
Alejandro Dolina
(Colihue, $28)

7. El profundo sur
Andrés Rivera
(Alfaguara, $13)

8. Recuentos para Damián
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $16)

9. La matriz del infierno
Marcos Aguinis
(Sudamericana, $23)

10. Toxina
Robin Cook
(Emecé, $19)

No ficción

1. Borges en Sur
Jorge Luis Borges
(Emecé, $18)

2. Las preguntas de la vida
Fernando Savater
(Ariel, $17)

3. Hacia un mundo sin pobreza
Muhammad Yunus
(Andrés Bello, $19)

4. Patas arriba
Eduardo Galeano
(Siglo XXI, $20)

5. La era del vacío
Gilles Lipovetsky
(Anagrama, $15)

6. Serrat y su época
Margarita Riviére
(Aguilar, $17)

7. Historia del siglo XX
Eric Hobsbawm
(Crítica, $20)

8. Tres mil historias de frases y palabras
Héctor Zimmerman
(Crítica, $20)

9. Monólogos rabiosos
Mario Mactas
(Sudamericana, $16)

10. Antes del fin
Ernesto Sabato
(Seix Barral, $15)

¿Por qué se venden estos libros?
"Llama la atención que entre los libros de ficción más vendidos figuran cuatro títulos que no son de ficción en sentido estricto –comenta el gerente de la librería Rayuela de La Plata, Raúl Gómez–, sino libros de autoayuda novelados. También merece destacarse la permanencia de *Lo que me costó el amor de Laura*, teniendo en cuenta la aparición del último libro de Alejandro Dolina, *El libro del fantasma*."

Poetas del siglo XXI

Señalado como uno de los poetas jóvenes más prometedores, Silvio Mattoni (n. 1969) enseña Estética en la Universidad de Córdoba y es miembro del consejo editorial de la revista ***El Banquete****. Publicó tres libros de poemas. Obtuvo el Primer Premio Pezzoni en 1992, y menciones en los concursos del Fondo Nacional de las Artes (1993) y* ***Diario de Poesía*** *(1997). Ha traducido a Ponge, Valéry, Bonnefoy y Catulo. Sagitario es su último libro.*

por Jorge Baron Biza, desde Córdoba



A su (sorprendente) erudición, Mattoni agrega una aguda conciencia del lenguaje como distancia. Las palabras le llegan misteriosas, inidentificables, y las cláusulas quedan casi siempre en suspenso. Este hijo de psicoanalistas lacanianos descree de la personalidad, de la burla, de la denuncia explícita, de las rimas hipnóticas. Cree, sí, en una relación de voces que escucha hoy por ejemplo, en un asado de amigos y que vincula con ecos remotos, infinitos. Esa relación es la realidad poética de Mattoni, realidad que no excluye ninguna palabra, ninguna enunciación, ninguna cita (más o menos tergiversada), pero que tampoco acepta ninguna influencia estructurada, ningún blanco buscado.

Encontramos un ejemplo claro de cómo construye sus textos en un poema de su último libro, *Sagitario* (Alción, 1998): "...veo unas bolsas tiradas en un charco... ¿Qué hay en ellas, si no el aliento encerrado de un pasado sombrío o de actos que nadie mide aunque ya estén aquí, cayendo?... ¿Qué es sino el rastro de mi propia culpa en actos que eludí?... ¿Por qué el dolor que se niegan se hace mío?".

¿Asunción de una actitud política? Lo niega enfáticamente: "Entró como una realidad más. Nunca trato de hacer libros moralistas, de personajes que se condenan y arrepienten en una conciencia. El posible sentido de ese pasaje me lo señalaron después de que lo publiqué. Creo que simplemente recogí en las voces de mis amigos una atmósfera que venía de los 70 y que me soplaba un espeso nihilismo... Siempre trato de escribir de manera que se sepa de qué estoy hablando, evitar esos haiku psicóticos que sólo suman imágenes... Si mis poemas producen algún efecto político o de otro tipo, son efectos irrepresentables".

¿Cómo se puede homogenizar un espectro tan amplio, desde el asado con los amigos hasta Calímaco?

La clave es la voluntad de experiencia: no de una experiencia personal, sino de la experiencia de "personajes". Los poetas helenísticos, mis amigos o Arturo Carrera no son psicologías, son personajes sumidos en tradiciones, en espacios. Los personajes me sirven para enunciar un "yo" que no sea el yo lírico, que no sea ni siquiera el yo psicológico. Pienso el poema como un sistema de personajes que no se resuelve en anécdotas. Me fue muy útil imaginar a poetas clásicos que estaban esperando volver a nacer en la Argentina del siglo XXI. Me hallé con seres que tenían historia, pero no sabían si existirían, todo un sistema de posibilidades genealógicas que no sé si se cumplirán: hijos que no saben si han nacido, madres que no saben si son madres. Esto empezó con un viejo poema en el que hice hablar a todas las mujeres con las que salí: se juntaban en una casa de mi infancia y hablaban.

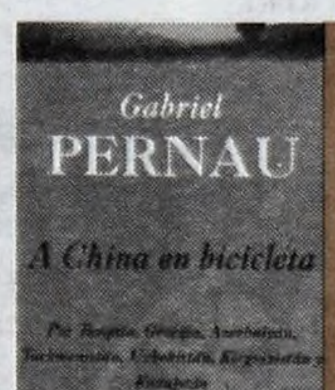
¿Sus referencias a los clásicos lo acercan al mito?

No a un mito moral, narrativo, esos mitos órficos con demasiadas redenciones. No nombro dioses; empleo el mito como atmósfera, no como narración moral. Me sirven cuando ya no tengo más soluciones en un plano pragmático, me sirven para explicar lo que es demasiado complicado temática o dramáticamente. Elijo épocas de decadencia pagana, en las que los dioses no tienen peso, quedan vacíos, se convierten también en personajes a los que no se les puede atribuir una voluntad: quedan reducidos a una especie de inconsciente que no sabe qué hacer con su propia historia. Me sirven para evitar la autoconciencia. No creo mucho en el saber. A lo sumo, el saber es para mí un paseo enigmático."

La poesía de Mattoni tiene esa realidad onírica que hace del sueño el terreno de voces muy libres que se encuentran sin corresponderse exactamente. Busca un método que le permita relacionar su experiencia con un conocimiento hermético antiguo: aquel que indaga cuál es la mano que mueve el mundo.♣

PASTILLAS RENOME

por Sergio Kiernan



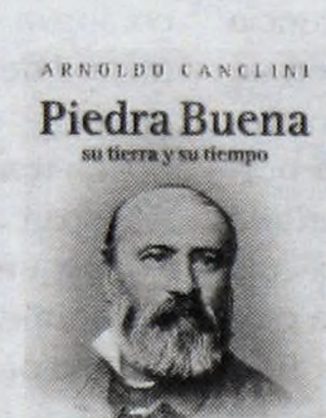
A CHINA EN BICICLETA
Gabriel Pernau
Ediciones B
Barcelona, 1998
456 págs. $ 12

Gabriel Pernau es un joven periodista catalán que leyó demasiadas veces a Marco Polo y que decidió seguir, él también, la ruta de la seda. Sólo que lo hizo en una bicicleta *Rockhopper* de aluminio, con 20 kilos de equipaje. Partiendo de Estambul, cruzando Turquía, Georgia, Azerbaiján, Turkmenistán, Uzbekistán, Kirguistán, Kazajistán y China, Pernau pedaleó 7145 kilómetros en cuatro meses y juntó material para un buen libro. Pero escribió, en realidad, una mezcla de diario y bitácora, un registro obsesivo del día a día, una liviana y entretenida serie de anécdotas, impresiones, paisajes, ciudades y edificios, útil para el que quiera repetir su itinerario. El talento del autor no es precisamente el de la reflexión o el retrato de personas: Pernau se encuentra con guerrilleros, bandidos, contrabandistas, exilados, putas, mafiosos y niños en edad escolar sin llegar a la menor conclusión. Lo que más claro queda es que los viajes largos en bici no son muy recomendables: el libro repite una y otra vez que al llegar a tal o cual lugar, "estaba demasiado cansado para salir a mirar".



VIAJE POR AMÉRICA MERIDIONAL, I Y II
Alcide d'Orbigny
trad. Alfredo Cepeda
Emecé
Buenos Aires, 1998
530 págs. $ 20 y 22

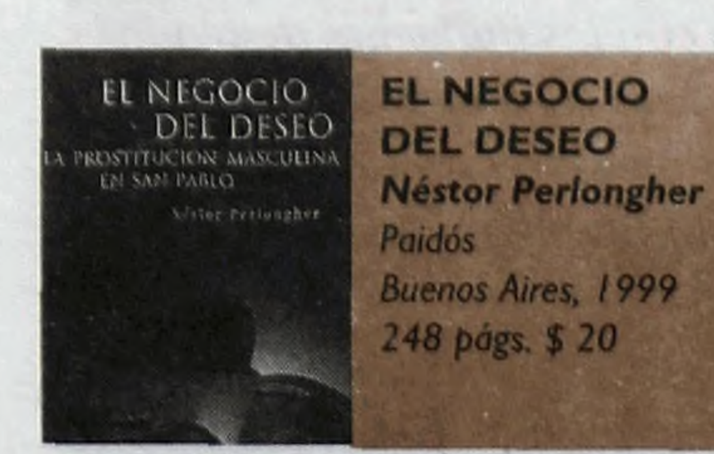
Alcide d'Orbigny hizo de uno de esos viajes mágicos que sólo podían hacerse en los siglos XVIII y XIX: viajes a mundos desconocidos, donde los países eran realmente distintos, a bordo del medio de transporte más bello jamás creado, la fragata. D'Orbigny recorrió nuestro continente entre 1826 y 1833, y vuelto a París publicó en 1834 su monumental *Viaje por la América meridional* en nueve tomos, cubriendo la historia, la geografía, la etnografía, la geología, la zoología y la botánica de la región. Fino exponente del enciclopedismo, buen científico y mejor pluma, este francés se lee bien y nos abre, a los americanos de casi dos siglos después, una ventana a nuestro pasado chico. D'Orbigny habla de las guerras civiles, de la iluminación de las calles, la ropa de las damas y las comidas de la olla, con ojo de periodista y estilo de diario de viaje. Emecé antologizó en dos tomos (unas mil páginas en total) el tramo desde la salida del naturalista de Francia hasta su llegada a Chile, en una traducción de Alfredo Cepeda que ahorra el estilo boricua tan común últimamente.



PIEDRA BUENA, SU TIERRA Y SU TIEMPO
Arnoldo Canclini
Emecé
Buenos Aires, 1998
456 págs. $ 20

Luis Piedra Buena tuvo una de esas vidas aventureras y viajeras que dan algo de envidia y despiertan la incredulidad. Mezcla de navegante y comerciante, casi seguramente le debemos la Patagonia a su obsesión por hacerla argentina, por fundar poblados, estaciones y pesquerías. Como bien dice Arnoldo Canclini en su biografía, Piedra Buena es calle en Buenos Aires y en casi todas las ciudades del sur, pero pocos saben quién fue y qué hizo. La vida de este argentino es una aventura excitante, pero la biografía que publica Emecé, por desgracia, no se deja llevar por el entusiasmo. Minuciosa, llena de referencias, útil para el especialista, no levanta vuelo en su estilo. Si se tiene paciencia y se sigue la acumulación aluvional de datos, se accede a la vida de un argentino especial que vivió tiempos en que se sentía que se fabricaba materialmente el país, a fuerza de plantar banderas y poblaciones; un argentino amigo de presidentes, condecorado, nombrado teniente coronel para que pudiera cobrar un sueldo y vivir con decoro su honestidad.

La reina del Plata



EL NEGOCIO DEL DESEO
Néstor Perlongher
Paidós
Buenos Aires, 1999
248 págs. $ 20

por María Moreno

En el principio este libro era el fruto de una investigación antropológica realizada por el poeta Néstor Perlongher sobre las prácticas de los *michés* (taxi boys) que circulan en el ghetto *gay* de la ciudad de San Pablo y el autor mismo sugería no considerar su trabajo como estudio sobre una comunidad, ni siquiera sobre un grupo, sino como una conexión con cierta práctica y con las poblaciones que involucraba en un período determinado (1982-1985). Editado primero como *La prostitución viril* por la editorial La Urraca, podía leerse como una etnología de los márgenes que, al trabajar sobre un campo preciso (regiones como Marqués Ipiranga, San Luis, Largo de Arouche), y subgéneros (*miché gillette*, *vuelta y vuelta*, *boy naranja*, *modelito*, *loca escandalosa*, *marica podrida*, etc.) invitaba a una cierta *traducción* al negocio del deseo en la zona moral patria. Perlongher describía hacia el final del libro el fin de las bonanzas de los años setenta en una ciudad con un gusto barroco por el exceso del que parecía participar la policía misma.

Su conclusión era que en la década del 80 la prostitución había extendido su práctica. El miché podía ser un joven de clase media lumpenizado, un border de los márgenes a quien la desocupación y una cierta disposición al goce empuja al interior de sus fronteras, o un estudiante "vencido" por la ética de mercado y la supuesta *naturalización* de la experiencia gay (*miché scolar*), como los que le ofrecían a David Leavitt prestaciones sexuales a cambio de que les escribiera una tesina (*Arkansas*).

Leído hoy, *El negocio del deseo* resulta más familiar a nuestra propia experiencia de la zona moral. La operación realizada entonces por el comisario Richetti en el largo de Arouche y su tilinga Avenida Vieira de Carvalho, con el aval de vecinos organizados, evoca rápidamente las recientes querellas de Palermo y el código contravencional. La Buenos Aires de los noventa, como el San Pablo de los ochenta, sufriría esa cada vez mayor desigualdad de clases, con su correspondiente mayor peligrosidad de lúmpenes y desocupados. En portuñol: ¿Una "michezación" de las ciudades?

El negocio del deseo define la peligrosidad que entraña la transacción entre miché y cliente como algo diferente al S/M. "¿Desea, de hecho, que lo roben o lo maten o meramente queda expuesto a que una práctica, en ciertas condiciones, que soluciona alguno de sus problemas, le acarree otros, fatales?", se pregunta en el prólogo Roberto Echavarren. Para Perlongher "en última instancia la violencia sería el paradigma de masculinidad en el sistema de oposiciones binarias (macho/marica, activo/pasivo, fuerte/débil, etc.). Como uno de los atributos más valorados es justamente esa dureza de la masculinidad, cabe colegir que la amenaza de violencia en la que se sustenta es inherente a la transacción: está incluida en lo que el pederasta paga para acceder al joven macho". Perlongher no abandona su objeto –las formas adoptadas por la prostitución viril en una fracción de espacio/tiempo de la ciudad de San Pablo– por la pontificación política o terapéutica. Tampoco se ocupa aquí de psicoanálisis, pero reconoce dentro de la misma dupla mercader/cliente un modelo menos renuente a la muerte como pasaje al acto: "Más que a través de la conyugalidad edípica, las relaciones afectivas entre muchachos 'pobres' y 'pederastas' ricos podrían ser quizás mejor pensadas desde el fantasma del 'tío' que ronda y socava el triángulo familiar".

El libro de Perlongher hace pensar en la paradoja de cierto deseo homosexual: se desea al otro por lo que no es (*gay*), teniendo la certeza de que lo es y lo niega. Establecer con él una relación duradera sería aumentar esa tensión para persuadirlo de que reconozca su deseo –a riesgo de dejar de desearlo uno–. ¿Es homosexual el *miché*, al menos por delegación, como sugiere Perlongher? Quizá se pueda responder parcialmente parafraseando a Deleuze en su ensayo sobre Sacher-Masoch: No se trata de decir que el *miché* es él mismo homosexual pero sí que constituye un elemento esencial de la homosexualidad. Cuando en una perversión distinguimos el sujeto (la persona) y el elemento (la esencia) estamos en disposición de comprender cómo



una persona puede evadirse de su destino subjetivo, aunque sea parcialmente, si se atiene a su función de *elemento* en una situación determinada.

Cuando apareció como *La prostitución masculina*, el libro de Perlongher parecía demasiado precoz. Era necesaria la irrupción, entre otros, de *Médicos, maleantes y maricas* de Jorge Salessi, la traducción de *Homos* de Leo Bersani y los diversos artículos de la crítica *queer* Judith Butler para volver familiar un debate que recién comienza. También la definitiva inscripción de Néstor Perlongher como uno de nuestros mayores poetas a través de la publicación de sus obras completas y que relampaguea entre los párrafos de *El negocio del deseo*: "Lo primero que se ve son cuerpos, ciñe un blue jean rasgado la escultura de esa teatralidad de machorrón. Tejidos rústicos, antes opacos que brillosos, que se adhieren viscosamente a una protuberancia que destacan. Hay en esos cuerpos sobreexpuestos toda una escenificación de la rigidez, de la dureza y de la rudeza. Su belleza, en los pesados recovecos de la ciudad en tinieblas, parece derivar antes que del atletismo, de la penuria y del esfuerzo. Esos cuerpos en fila tienen (náusea imprecisa) la fascinación de la sordidez, guardan en su sonrisa cínica la promesa de una aventura cuya intensidad consigue desafiar, para encenderse aún más, todos los riegos".♣



EL EXTRAPARTIDARIO

Eusebio Poncela, actor, lee desde siempre

"Se me cansó la vista de leer. Es uno de mis placeres absolutos", dice el actor de *Martín (Hache)*. "Yo vengo de una familia de literatos, yo me crié con libros que eran más grandes que yo. Mi recuerdo es que yo leía cuando tenía dos años, unos libros gigantescos en la biblioteca de mi casa. Uno de mis recuerdos es que yo era un petiso así", dice mientras levanta la mano a unos setenta centímetros del suelo, "y el libro era del doble de alto. Un libro que tenían mis padres con ilustraciones *art noveau*, bien de maricones. Es el primer recuerdo de mi vida", dice el protagonista de *Los gozos y las sombras*.
"No me gusta compartir. Me gusta primero una cosa y luego otra. Como los japoneses: primero cago, después desayuno y luego veo la tele, pero no hago las tres cosas al mismo tiempo. Ficción, no ficción, teatro, cine. ¡¿Qué más da?! Leo lo que venga".
P. M.

Por una revolución



POLÍTICA DEL REBELDE
Michel Onfray
trad. Enrique Kosicki
y Silvia Kot
Perfil libros
Buenos Aires, 1999
292 págs. $ 18

por Leonora Djament

¿Qué significa ser de izquierda en este fin de siglo? ¿Cómo pensar una nueva filosofía libertaria luego de dos guerras mundiales, el holocausto, el liberalismo económico, Kosovo y la "limpieza" étnica? ¿Cómo repensar las categorías marxistas y las explicaciones economicistas para dar cuenta de un mundo complejo y desarticulado? Cuando pareciera no haber muchas alternativas a cierto nihilismo finisecular, y los partidos políticos sólo ponen en evidencia la ineficacia o la ilusión de la "representatividad" del poder, Michel Onfray un joven filósofo francés que vive retirado de París y lleva publicados 15 libros propone una política hedonista basada en el individuo irreductible e indivisible, reconciliado con su cuerpo.

Onfray encuentra en Mayo del '68 el momento donde se cristaliza una mística posible de izquierda y nace este individuo del placer. Hay que seguir trabajando, propone el filósofo francés, para perfeccionar mayo del '68, esto es, trabajar a partir de las enseñanzas de Michel Foucault y Gilles Deleuze: el poder ya no puede estar asociado al Estado o a los modos de producción económicos y al no ser localizable, se transforma en una estrategia.

Es en relación con este punto que Onfray hace quizá su apuesta más interesante: devuelve el estatuto político al pensamiento filosófico de Foucault y Deleuze, reclamando la puesta en práctica de esta política hedonista y libertaria a partir de acciones obreras, artísticas y estudiantiles concretas y específicas. Así, imagina una revolución no ya al estilo "toma del poder gubernamental", sino una revolución molecular. Para esta tarea propone retomar el ejemplo del sindicalismo revolucionario de principios de siglo, aquel que funciona por acciones directas, de forma no piramidal y con un principio de constancia (la tarea revolucionaria no tiene fin).

El arte deberá trabajar en ese mismo sentido: resistiendo siempre, nunca colaborando con el poder. Onfray propone una estética generalizada que trabaje allí donde hay peligro de microfascismos, a partir de un arte fugaz o en constante circulación. Sin embargo, Onfray no logra quitarse de encima el fantasma del fracaso de las vanguardias históricas de principio de siglo (*¿Cómo evitar morir en el museo?*).

Esta estética generalizada, replantea eficazmente la vieja dupla establecida por Walter Benjamin: allí donde surgía una estetización de la política en manos del fascismo, Benjamin proponía una politización del arte. Por un lado, Onfray niega que el fascismo construido ideológicamente sobre mitos se enfrente a la razón (el mito forma parte de la razón, no la esteti-za). Por otro lado, ambas partes de la antinomia benjaminiana pierden su estatuto artístico al apropiarse del arte para subordinarlo a un imperativo político.

Por momentos Michel Onfray provoca con su vocación pedagógica, sus raptos puramente afirmativos y cierto capricho en la elección (y en el olvido) de algunos filósofos. Sin embargo, a la hora de repensar esta sociedad menemista donde la participación se ha resquebrajado, *Política del rebelde* se vuelve un libro significativo para discutir los términos en los que hoy todavía es posible una efectiva intervención política rebelde y, así, "re-encantar el mundo".♣

Los zíngaros van al cielo

Pocos días después de que la OTAN comenzara sus bombardeos y la televisión italiana abriera y cerrara sus noticieros con las imágenes desoladoras de los kosovares que abandonaban su país, Antonio Tabucchi irrumpió en la escena cultural con la presentación de la versión italiana de Gli Zingari e il Rinascimiento (Los gitanos y el Renacimiento), *un libro-reportaje editado originalmente en Alemania durante el '98, y que formará parte del volumen* Diez escritores observan una realidad de fin de siglo *que se publicará en breve, en varias lenguas simultáneamente.*

por Alicia Martinez Pardíes, desde Florencia

El autor de *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro* desnuda en *Los gitanos y el Renacimiento* el "lado oscuro" de Florencia, la ciudad emblemática del Renacimiento italiano y de los Médicis, pero también la ciudad de la intolerancia, que oculta bien lejos del turista un millar de kosovares que, desde hace años, buscan una nueva vida en la tierra de Lorenzo el Magnífico. Hace dos años Tabucchi se topó de golpe con la realidad de los inmigrantes, cuando una familia de gitanos yugoslavos sin documentos solicitó su ayuda para que interviniera ante las autoridades locales y evitara que los encarcelaran. Desde entonces, el novelista conoció a buena parte de los inmigrantes-marginados (que aparecen dando testimonio en su libro-reportaje) y también se aventuró en los campos Olmatello, Brozzi delle Piagge y Poderaccio, los tres *campos para refugiados* destinados a los inmigrantes "rom" del Kosovo, Macedonia y Serbia, ya se trate de los "tolerados" por las autoridades florentinas (es decir, con documentos) o los "clandestinos" (indocumentados). Sobre eso habla en *Los gitanos y el Renacimiento.*

Sostiene Tabucchi *Florencia es una ciudad vulgar. Esa vulgaridad se verifica en las circunstancias y los momentos más diversos de la vida ciudadana que sería tedioso enumerar. No consiste tanto en la pacatería de una belleza devenida banal y que contrasta por otra parte con las deplorables condiciones en que está la ciudad misma, más allá del color político de la administración del momento. No consiste tampoco en la agresividad casi histérica con que se maneja en esta ciudad cualquier tipo de vehículo. Ni en la indiferencia, compartida por todos, ante el hecho de que una de las ciudades más sucias, ruidosas y contaminadas de Europa (así lo señalan las estadísticas más serias) se vende al exterior como la imagen de la perfección renacentista.*

Creo que Florencia, más que ningún otro lugar de este país, supo conjugar casi mágicamente la vulgaridad que sobrevuela sobre la Italia contemporánea (como quizá sobre otros países europeos) hasta hacer de ella una suerte de Weltanschaung, *una especie de abrigo que la envuelve, una espantosa alma colectiva que no se le escapa a ninguno y que significa altivez, intolerancia, grosería. En síntesis, la quintaesencia de la postura de un país que fue pobre, como Italia, y que de pronto devino rico, sin haber poseído cultura de la pertenencia social, de la burguesía que caracterizó a la civilización europea. Esto que hace años preveía Pasolini, la espantosa mutación antropológica dirigida hacia una homologación sobre "lo feo" (entendido en su sentido más amplio), encontró paradójicamente en esta ciudad, representante de "lo bello", su epifanía más visible.*

Pregunta Tabucchi *¿Qué podemos esperar de este fin de milenio? ¿La providencia divina que da vida a una novela prácticamente ignorada en el exterior pero obligatoria en la escuela italiana, como es* Los Novios *de Manzoni? ¿La justicia global de los eventuales tribunales de la ONU, cuyo lema se parece a "quisiera, pero no puedo"? ¿El libre mercado, cuyo mejor símbolo tal vez sea el más grande McDonald's del mundo, en la plaza TienAnmen (con mil lugares para sentarse)? ¿La angustiosa contraposición Individuo-Cosmos o la capacidad que tendría Florencia de excitar nuestro estado de ánimo, como dirían las enciclopedias o el ilustre poeta? ¿La desesperada alegría en que se encuentran los restos de los pueblos libres y, justamente, desesperados? ¿Los hombres de buena voluntad? ¿Yo mismo, que, desde aquí estoy (me estoy) haciendo preguntas idiotas?*

Aquí, en Vecchiano, llueve. "Escucha. Llueve/ desde las nubes dispersas. (...) / llueve sobre los pinos / escamados y espinosos, / llueve sobre los abetos / divinos (...)". Como escribe, con su panteísmo de cartón, el tremendo D'Annunzio que en el secundario me obligaron a estudiar de memoria.


ANTONIO TABUCCHI DESNUDA EL "LADO OSCURO" DE FLORENCIA, QUE OCULTA BIEN LEJOS DEL TURISTA UN MILLAR DE KOSOVARES QUE, DESDE HACE AÑOS, BUSCAN UNA NUEVA VIDA EN LA TIERRA DE LORENZO EL MAGNÍFICO.

Concluye Tabucchi *Ninguno de los campos para refugiados, ubicados en las afueras de Florencia, responde a las disposiciones de la Comunidad Europea respecto de la recepción de las comunidades gitanas. Cercados por las vías del tren, la ruta y el río Arno, uno de los más contaminados del país, los nuevos "condenados de la tierra" sobreviven en condiciones subhumanas: limitados por una alta red metálica que los asimila a los campos de concentración, estos espacios sólo ofrecen a sus habitantes "casas móviles" –estrechos* containers *construidos en plástico y metal–, baños colectivos con forma de garita, en los que cualquier movimiento del cuerpo es extremadamente complicado, unas pocas canillas dispersas y, en el mejor de los casos, un cable exterior al cual "colgarse" para obtener luz.*

En los campos existen situaciones de "convivencia forzada" entre grupos familiares diversos, que bastante seguido se enfrentan por motivos religioso, étnico y cultural. Un chico de Macedonia, de diez años, explica qué significa ser un "rom": "Llevar una vida de perros. Miren cómo estamos obligados a vivir y se darán cuenta".

En estas condiciones, los habitantes de los campos tuvieron que abandonar las actividades artesanales que caracterizan su cultura (tejido de tapices, trabajos en cuero y metal), y quedaron desocupados e inertes. Y naturalmente privados de cualquier sostén económico. La municipalidad de Florencia no pasa ningún sostén alimentario, de modo que los habitantes deben buscar formas de trabajo precarias y frágiles, desde cualquier punto de vista. Venden rosas en los restaurantes, lavan los parabrisas de los coches en los semáforos. Piden limosna (sobre todo los chicos y las mujeres) con el riesgo de ser arrestados por la policía.♣